



Los tres espejos

Juan David Romero Espinosa

Luego de un largo viaje a través de la oscuridad, llegó el caballo con un hombre atado de pies y manos sobre el lomo. Ya estando en el suelo, con ayuda del corcel nocturno y su dentadura logró librarse de las riendas que lo amarraban. Encontró un lago que reflejaba las estrellas y frente a él, se levantaron tres marcos de madera. El agua lo invitó a elegir uno de los espejos.

El primero reflejaba una isla donde había mil náufragos, sintió su desespero, el hambre y su miedo de morir. Se apartó enseguida. El espejo de la mitad mostraba una amplia habitación con paredes de miel, donde se encontraba una cama inmensa llena de plumas, cadenas de oro y flores que perfumaban todo el lugar. Escuchó una melodía que lo llamaba a acercarse para tocar el cristal, pero fue más fuerte la curiosidad por ver qué había en el tercer espejo. En él se reflejaba la nada absoluta. Se sintió atemorizado, pues empezó a visualizar todas las

vidas posibles de distintas personas al mismo tiempo y ninguna era él.

Inmediatamente escogió el espejo de la mitad. Al tocarlo, se transportó a la cama, donde sintió un alivio que le adormecía. Las flores empezaron a envolverlo y sintió un gran placer que se mezclaba con el aroma a jardín divino. Pasaron días, semanas, tal vez meses, hasta que se vio a sí mismo esquelético y sin alma, quiso huir, pero los pétalos lo tomaron con más fuerza y cuando ya no quedaba mucho más del hombre, las flores lo expulsaron sin mucho recelo, como si fuera basura.

Cayó en la isla de los mil náufragos. Lleno de hambre y miedo nadó, nadó y nadó con desespero, pero era inútil, entonces volvió a tierra firme y notó que había un centenar de personas descansando en hamacas hechas con las mismas flores de la habitación. Se quiso acercar cuando un sujeto de grandes lentes redondos le advirtió que ya no habría vuelta atrás y lo invitó a poner algunas palabras en el barco de

letras que estaba construyendo junto a una pequeña comunidad. Su cuerpo parecía gritar por las ansias de descansar un poco más, pero su mente fue atraída por la incertidumbre: ¿Cómo podrían unas simples letras salvarlo y brindarle libertad?

Escuchó, interpretó y habló a su nueva comunidad. A lo largo de la conversación notó que el barco se fortalecía, así que les empezó a contar las historias de su abuelo, las anécdotas de su madre y su propia vida antes de los espejos y el caballo. Su narración se tornó tan atractiva que decenas de personas se levantaron de sus hamacas para ser parte de la construcción.

Todos huyeron de la isla cuando la embarcación estaba lista. Solo se

quedaron los que seguían cómodos sobre sus flores ya marchitas. De su cuerpo empezó a brotar una tranquilidad que lo hizo recordar la habitación de miel. Sin embargo, ahora era mejor, pues estaba acompañado y por primera vez se enfrentaba a la deriva sin temor. Unos cuantos días después, durante una noche de incontables constelaciones en el cielo, el mar apacible le recordó el viejo lago. Por un momento cerró los ojos, escuchó un estruendo sordo y cuando los abrió, se encontró a él mismo junto al lago reflejándose en el tercer marco, donde antes no había nada. El lago le dijo que ya estaba listo para enfrentarse al vacío y labrar su propio camino.

